

B.P.B. 558

PERON Y EL GOBIERNO ARGENTINO
VISTOS POR UN EMBAJADOR DE GRAN BRETANA

DEL LIBRO: "LOS POCOS QUE GOBIERNAN"

POR SIR DAVID KELLY

EMBAJADOR DE GRAN BRETANA EN LA
ARGENTINA

AÑO 1946

ARGENTINA

BIBLIOTECA PERONISTA

ARGENTINA - RELACIONES EXTERNA

- ZONISMO

6-10-4-17

Biblioteca del Congreso ARGENTINA

PERON Y EL GOBIERNO ARGENTINO

Vistos por un Embajador de Gran Bretaña

Biblioteca del Congreso

ARGENTINA Del Libro

"Los pocos que gobiernan" por Sir David Kelly,

Embajador de Gran Bretaña en la Argentina.

Año 1946.-

310707*

Biblioteca del Congreso ARGENTINA

Biblioteca del Congreso ARGENTINA

B.P.
B. 558

MEMORIAS DE UN EMBAJADOR INGLES

Sir David Kelly, distinguido Embajador de la diplomacia inglesa, en la que se desempeñara durante más de treinta años, termina de publicar sus memorias en un libro titulado "The Ruling Few" - LOS POCOS QUE GOBIERNAN - con un subtítulo quizá más sugestivo aún: "The Human Background to Diplomacy" - EL FONDO HUMANO DE LA DIPLOMACIA - en el que cronológicamente relata, a partir del capítulo IV, la experiencia que realizara en los distintos países en los que representara a Gran Bretaña.

Como él mismo lo expresa, su primer destino en la República Argentina (1919-1921) decidiría años más tarde, en 1930 en el Foreign Office, su nombramiento como Subdirector del Departamento a cargo de los asuntos del continente americano y posteriormente, aunque en forma más indirecta, su designación como Embajador en nuestro país en 1942, gestión que se prolongó hasta 1946.

El lapso mencionado precedentemente integra el Capítulo XIV de su libro en el que detalla una serie de aspectos de su actuación en un período tan crítico de la política interna e internacional argentina y que, teniendo en cuenta la personalidad del autor y la altísima función que cumpliera, como asimismo la naturaleza de muchas de sus opiniones, nos decide a comentarlo.

Efectivamente, consideramos de suma importancia reproducir los conceptos del Embajador Kelly porque se ha referido a problemas fundamentales directamente vinculados a la reforma integral operada en el país, que tuviera su punto de partida el 4 de Junio de 1943 y que fuera consolidándose paulatinamente. Todos esos problemas, en su oportunidad, fueron considerados, enfocados y resueltos con la decisión, capacidad y fines patrióticos con que el General Perón ha trabajado siempre al servicio de su pueblo y no se justificaría aquí el estudio de la teoría o de la práctica del peronismo ni de sus realizaciones de cualquier época, pero, a los efectos del comentario que nos hemos

propuesto realizar, resulta de un interés extraordinario exponer, más o menos ordenadamente, la concordancia o identificación de los conceptos expresados por Sir David Kelly - que han llegado a nuestro conocimiento recientemente - con los manifestados en diversas oportunidades por el General Perón sobre factores que, naturalmente, han jugado de muy distinta manera para ambos y sobre la consideración de los cuales parecería difícil, sino imposible, hallar punto alguno de coincidencia.

Por otra parte, hemos encontrado algunos párrafos en el capítulo que nos ocupa, que determinan con toda claridad, especialmente desde el punto de vista político, una posición que es muy conveniente hacer resaltar por cuanto es explicativa de circunstancias que todavía se pretenden discutir.

Todo ello será objeto del breve estudio comparativo que realizaremos de acuerdo a los temas que hemos considerado de mayor interés.

 Biblioteca del
Congreso

A R G E N T I N A

 Biblioteca del
Congreso

A R G E N T I N A

 Biblioteca del
Congreso

A R G E N T I N A

XIV

ARGENTINA: 1942 - 1946

Mi primera designación en la Argentina terminó en abril de 1921. Cuando regresé como Embajador en junio de 1942, el fenómeno principal para mí en la situación argentina fué que el grupo de grandes estancieros y abogados, conocidos colectivamente bajo el título de "distinguidos", que cuando estuve en ese país en 1919 y 1920 formaban la oposición al Presidente radical y demagogo Irigoyen, estaban nuevamente afianzados en el poder y lo habían estado por muchos años. Una vez más el Jockey Club y su círculo interno más selecto y más caro, el Círculo de Armas, eran, como antes de la época de Irigoyen, los centros más importantes de los chismes políticos y el poder detrás del trono. El segundo hecho interesante fué que mientras en 1919 el Jockey Club y el Círculo de Armas criticaron severamente al Presidente Irigoyen por haber mantenido la neutralidad del país, en 1942 su propio gobierno, bajo el Presidente Castillo, estaba tan decidido como lo había estado el Presidente Irigoyen, a mantenerse al margen de la guerra, a la par que lo que quedaba del viejo partido radical irigoyenista estaba ahora apoyado por los norteamericanos como partido que podía llevar a la Argentina a participar en la guerra,

Aunque en general la alta sociedad apoyaba la neutralidad del Gobierno de Castillo muy pocos de ellos estaban a favor de los alemanes; la gran mayoría, aunque rechazaba en ese período las constantes recomendaciones de Cordell Hull y Sumner Welles en Washington, estaba completamente en pro de los aliados y especialmente en favor de los ingleses en lo referente a sus simpatías personales.

En parte debido a esto y en parte debido al gran número de viejos amigos que databan de mi primer visita, y que pertenecían tanto a la sociedad argentina como a la colectividad británica, todavía numerosa, me hundí desde el momento de mi llegada en un remolino de compromisos sociales, incluyendo una recepción en mi honor en el Círculo de Armas a la cual asistieron todos los miembros del Club (1).

(1) PERON, Gral. Juan D. "Si se observa el panorama de la Repúbli-

piadada primero contra el régimen conservador y luego contra el régimen militar, acusándolos por turno de ser partidarios activos de los alemanes y de los nazis.

Conociendo íntimamente a la gente como la conocía yo, es especialmente debido a mi primer casamiento con una anglo argentina con muchos parientes políticos nacidos en la Argentina, tenía la firme convicción personal de que esa apreciación de la situación no correspondía a la realidad. Hablando en líneas generales, los argentinos de todas las clases sociales son descendientes de inmigrantes europeos. La simpatía individual de la gran mayoría estaba de parte de las Islas Británicas, su principal cliente por tradición, y tierra natal de su ganado, caballos y ferrocarriles, y con los franceses (aunque no los del régimen de Vichy), de quienes habían heredado sus normas y que les habían formado el gusto en materia de literatura, artes y modas. Entre este apoyo moral, sin embargo, y el deseo de tomar parte activa en la guerra europea había un gran abismo, que sólo unos pocos, si los había, pensaron franquear. La actitud normal inglesa y norteamericana de "Quien no está en contra de mí" les era tan incomprensible como lo hubiera sido para un simpatizante inglés de Francia o de Alemania a quien se le hubiera dicho que el claro deber de Inglaterra era declarar la guerra o a Francia o a Alemania. Una prueba de que el Gobierno de Castillo no estaba en favor de los alemanes la tuve cuando presenté una reclamación al Ministerio de Relaciones Exteriores, Dr. Guíñazú, relativa a la siempre espinosa cuestión de las dependencias de las "Falkland Islands" (Islas Malvinas), y convino de buena gana en evitar toda publicidad, aun cuando esa publicidad hubiera reforzado su situación con respecto a la opción.

"su propio provecho. Así como antes la oligarquía explotó esa "democracia en su provecho con la secuela de fraudes, coimas "y negociados de que está llena nuestra historia política; - "así como explotó a la democracia en su provecho y en perjuicio de la clase trabajadora, hoy pretende levantar la bandera de la democracia que no siente, para servir a sus futuros intereses políticos que han de transformarse como - "siempre, en pesos y más pesos succionados a los pobres trabajadores que son los que menos tienen pero son los más capacitados para trabajar, para sufrir y para producir". (Discurso pronunciado el 21 de agosto de 1945 en el Parque Retiro en el acto organizado por el Sindicato Único de Encargados y Ayudantes de Casas de Renta).

El triángulo consistía en el hecho de que mientras Gran Bretaña y Estados Unidos eran aliados, Gran Bretaña dependía de - la Argentina para la obtención del 40 por ciento de sus abastecimientos de carne y era el país extranjero con mayor participación en el comercio argentino - inversión que pocos años antes se había calculado en cuatrocientos millones de libras esterlinas; mientras que los comerciantes norteamericanos, que sólo habían aparecido - más tarde en el escenario, y que después de 1919 habían adquirido varios servicios públicos establecidos por los ingleses, estaban convencidos de que era su destino ineludible apoderarse del mercado argentino y convertirse en socio principal, cosa que ya habían hecho en los Estados centroamericanos y en el Brasil y que estaban consiguiendo rápidamente en las demás repúblicas sudamericanas. La consecuencia fué que los argentinos esperaban poner frente los intereses británicos y los norteamericanos, y que a los norteamericanos les obsesionara la sospecha de que los ingleses, por razones comerciales, apoyaban el régimen argentino. Este conflicto entre los intereses británicos locales y la imperiosa necesidad de cooperación anglo norteamericana fueron fuente de constante frustración y me tuvieron bailando en la cuerda floja durante todo el tiempo - que duró mi misión. El primer ejemplo de ello ocurrió antes de que saliera yo de Inglaterra. Cuando en junio de 1942 me recibió Winston Churchill en el Salón del Gabinete de la calle Downing N° 10 me preguntó si deseaba yo llevar un mensaje suyo al pueblo argentino. Acepté complacido y en su compañía me dirigí al salón de Secretarios Privados, donde les ordenó prepararan un mensaje para - que él lo corrigiera. Al informar de ello al Subsecretario correspondiente en el Ministerio de Negocios Extranjeros, éste se horrorizó ("qué van a decir los norteamericanos y los brasileños?") y se movilizó al Secretario de Estado para que enviara una nota urgente al Primer Ministro solicitándole abandonara su idea.

El tercer factor, la colonia británica, aunque menos importante que cuando la conocí en 1919, era todavía la más numerosa y más próspera colonia británica fuera del Imperio, y bien organizada bajo la presidencia de Sir William McCallum había llevado a cabo un esfuerzo de guerra realmente magnífico. Entre tres y cuatro mil comerciantes ingleses se habían impuesto una contribución voluntaria, y las mujeres inglesas se habían organizado en 130 ciudades de trabajo.

Antes de finalizar la guerra, cuando escribí a The Times sobre este asunto, habían aportado ya una contribución en mercaderías y provisiones para las víctimas de la guerra cuyo valor no bajaba de tres millones de libras esterlinas y virtualmente mantenían a veinte mil prisioneros de guerra con su contribución especial. Aparte de esas actividades patrióticas, la colectividad seguía manteniendo su propio hospital e instituciones de caridad, y poseía aun cierto número de escuelas inglesas, clubs y asociaciones prósperos: "St. George's Society", "Anzac Society", "St. Andrew's y otras, mientras que la cámara de Comercio Británica ofrecía todos los meses un almuerzo público al cual concurrían de quinientos a mil invitados y durante los cuales hablaban figuras argentinas prominentes o visitantes distinguidos. La colectividad mantenía dos diarios y un Semanario en idioma inglés, y parte de la técnica de mantener en alto la moral colectiva fué que en las frecuentes ocasiones en que tuve que decir un discurso, y más tarde en las muchas oportunidades en que mi mujer tuvo que hacer lo propio, los diarios ingleses reprodujeron el texto completo con grandes titulares, y haciendo especial hincapié en ciertos pasajes en particular.

Estas actividades de la colectividad británica ofrecieron muchas veces oportunidad de hacer propaganda entre el público argentino. Cuidé siempre de que el texto completo de mis discursos aun cuando no siempre me atuviera estrictamente al mismo, fuera entregado por adelantado a los diarios ingleses y traducido al español a los principales diarios argentinos en los casos en que tenía interés en que un tema especial llegara a conocimiento de los argentinos. De esta manera, en varias oportunidades facilité textos para las editoriales de "La Nación" y "La Prensa", los dos diarios matutinos más importantes durante la guerra, que en la realidad eran más abultados y contenían más información sobre la guerra que la que podían proporcionar los diarios ingleses. El mejor resultado de este método fué el que obtuve casi al final de mi estadía y sobrepasó aun mis esperanzas más optimistas. En esa oportunidad fui invitado a hablar en la comida anual de cuatrocientos o quinientos ingenieros británicos, de los cuales la mayoría, por su puesto, trabajaba en los ferrocarriles. Los comensales esperaban oír un discurso anodino, que probablemente empezaría con chis

tes escoceses y acabaría con una perorata sobre la guerra. Sin embargo, al mediodía de la fecha en cuestión, se me ocurrió que se me había ofrecido una oportunidad de hablar sobre la continua campaña para desacreditar el sistema ferroviario construido por los ingleses y de propiedad inglesa, y sobre los obstáculos y dificultades creados por los funcionarios y políticos nacionalistas que durante años habían privado de sus dividendos a miles de inversores ingleses, aunque los argentinos en general estaban firmemente convencidos de que los accionistas nadaban en ganancias considerables. Y me sentía aun más inclinado a correr el riesgo -que indudablemente existía- de ofender a los argentinos y al Gobierno argentino por la sencilla exposición de los hechos porque había llegado a la conclusión de que la poca popularidad de los ferrocarriles se debía en gran parte a la pobre publicidad y al deficiente trabajo en materia de relaciones públicas cumplido por los ferrocarriles. Por lo tanto, obté por hablar claro e hice que el texto -español de mi discurso fuera distribuido a todos los diarios argentinos. Estos dieron amplia publicidad al discurso y "La Prensa" -publicó un editorial sorprendentemente cordial; pero lo que yo había esperado era que las agencias telegráficas enviaran extensos informes a Londres por cable, y, probablemente porque los hechos reales no habían sido puestos en conocimiento de los inversores ingleses, el efecto inmediato fué una baja en las acciones de los ferrocarriles en la Bolsa de Londres; un día o dos después volvieron a subir cuando la gente se dió cuenta de que mi intención había sido provocar en el público argentino una apreciación más realista de la posición de los ferrocarriles.

Para exponer brevemente la posición esencial, los ferrocarriles no solamente encontraban dificultades sino que se los obligaba a funcionar a costos constantemente en aumento sin que les fuera permitido aumentar sus tarifas, enfrentando además, la expiración a corto plazo de la Ley Mitre. Durante mi estada todos los políticos más importantes -primero los del régimen conservador y luego los del régimen militar, incluyendo aun al Coronel Perón- me dijeron en privado que no querían comprar los ferrocarriles y llegué a la conclusión de que era posible conseguir un condominio que asociara al Gobierno argentino en calidad de accionista y socio, con un directorio local formado por ingleses y argentinos

que tuviera a su cargo todas las tareas ejecutivas, dejando en Londres sólo un comité financiero que se ocupara de los asuntos relacionados con las acciones. El activo e inteligente Embajador argentino en Londres, señor Cárcamo, antiguo Ministro de Agricultura, compartía mi punto de vista, como lo hicieron después de varias discusiones privadas el extinto Sir Montague Eddy, el Sr. Drayton y Lord Forres, que formaban parte de los directorios en Londres. Sigo creyendo que una solución sobre esas bases se habría logrado de haber sido oportunamente estudiada.

Desgraciadamente, todo control de los ferrocarriles había estado hasta entonces en Londres, en manos de una docena o más de directores ya ancianos, de los cuales la mayoría eran gerentes retirados, sin influencias y que vivían recordando la Argentina de antes de 1914. En 1942, en una reunión celebrada en Londres a la cual asistí, el presidente, Sir Fillet Holt, que monopolizó por entero el debate adoptó la posición de que las compañías no podían tomar iniciativa de ninguna especie y de que toda la responsabilidad de la falta de ganancias la tenía el Gobierno británico por no amenazar con una reducción en el precio pagado por la carne argentina, lo cual, presumía, llevaría inmediatamente a que el Gobierno argentino les permitiera a los ferrocarriles aumentar sus tarifas. Ese control absoluto del sistema ferroviario argentino por parte de los viejos directores londinenses (de los cuales, dicho sea de paso ni uno solo había visitado el país por largos años) hizo que uno de mis predecesores, Sir Malcolm Robertson, escribiera a un amigo suyo en Londres preguntándole si le gustaría que todos los ferrocarriles ingleses fueran de propiedad de Buenos Aires y si le gustaría "que todo lo que viera de sus administradores fuera un vistazo ocasional a un tren especial con luengas barras grises flotando en el viento". Esta carta fué leída en alta voz en alguna reunión pública en Inglaterra y causó gran indignación entre los directores a los cuales aludía, pero sólo decía la verdad. Siempre creí que todo el asunto había llegado a la rutina y que podía obtenerse la solución basada sobre el condominio si la imaginación del público argentino podía ser desviada de su actitud convencional y si se le ofrecía la oportunidad de un nuevo gran negocio. Pasados varios meses, se les dió poderes a Eddy, Drayton y Forres para negociar un acuerdo completamente nuevo, pe

ro como lo demostraron los hechos, la tentativa fué demasiado tarde; la situación económica al final de la guerra cambió tan fundamentalmente en detrimento de Gran Bretaña y para los argentinos la tentación de ~~comprar~~ inmediatamente las ~~ferrocarriles~~ fué irresistible. Un año después de mi partida, mediante una operación de trueque, esa gran realización de la habilidad y del capital ingleses que representa en los ferrocarriles argentinos fué cambiada por abastecimientos de carne por un período de dieciocho meses. Tal fué el resultado final de la faltada imaginación y de obstinada negativa de hacer frente a la situación cambiante. (2)

La situación política que encontré al llegar en junio de 1942 no cambió en los doce meses subsiguientes aun cuando el viejo partido radical que constituía la oposición parlamentaria y sus amigos norteamericanos y británicos que soñaban despiertos esperaban constantemente o la caída del Gobierno o la entrada del país en la guerra, y cada vez que alguien en Washington decía un discurso censurando la neutralidad argentina, parecían sorprenderse ante el hecho de que el Gobierno no presentara su renuncia en la mañana siguiente. Aunque los norteamericanos se sentían muy ofendidos por la negativa del Gobierno argentino de adoptar la misma posición de los demás Gobiernos sudamericanos, por lo menos rompiendo relaciones con el Eje, muy razonablemente hacían todo lo posible para reforzar supremacía comercial para la cual su situación geográfica y la paralización casi total de las exportaciones británicas ofrecían sólidos fundamentos.

Obligado a observar como crecía continuamente nuestra deuda en esterlinas en concepto de pago por los abastecimientos vitales de alimentos argentinos, y compelido como lo estaba a hacer gala de la mayor prudencia en cualquier demostración de amistad que los corresponsales norteamericanos y el Departamento de Estado

- (2) "El convenio en lo que atañe a ferrocarriles, presenta aspectos que dejan prever las benéficas consecuencias que su realización aportará a los intereses de la economía nacional. Si bien este postulado es válido también para los puntualizados anteriormente, el presente, adquiere enorme trascendencia por cuanto la red ferrocarrilera constituye conjuntamente con los caminos, el verdadero sistema circulatorio del país. Todos los derechos y delegaciones del Gobierno argentino, de las empresas británicas y de la nueva compañía Ar-

desmenuzaban para encontrar pruebas de "tendencias pro argentinas y antinorteamericanas", recordaba yo continuamente el viejo problema judío en Egipto de hacer ladrillos sin paja. Aparte de cultivar relaciones personales amistosas con miembros del Gobierno, tenía que aprovechar todas las oportunidades que se me ofrecían para ganarme simpatías mediante gastos inocuos. Una de esas oportunidades se presentó cuando, después de la muerte del Cardenal Hinsley en 1943, los católicos ingleses estaban organizando una Misa de Requiem en la cripta de una iglesia. Visité al Cardenal Arzobispo, quien inmediatamente puso a su disposición una gran iglesia, e invité al Presidente -entonces el Dr. Castillo- a que asistiera a ella; lo hizo, acompañado por casi todos los miembros del Gobierno. Naturalmente, el episodio recibió publicidad y en un país católico en el que muchos casi ignoraban que existía un Cardenal inglés, el efecto fué aumentar enormemente nuestro prestigio. Puedo mencionar a este respecto que cuando le pregunté al corresponsal de "The Times" porqué no había hecho un reportaje del acontecimiento ya que solía cablegrafiar asuntos de mucha menor importancia si parecían ser expresiones de buena voluntad, me dió la explicación siguiente: algunos años antes de la guerra, se había celebrado en Buenos Aires un gran Congreso Eucarístico y el futuro Papa Pío XII había asistido a él como legado Papal, y medio millón de gente lo había recibido; cuando el corresponsal telegrafió a "The Times" las noticias sobre la llegada del Legado, la oficina de Londres le había contestado "no queremos noticias religiosas".

"gentina, expuestos bajo este acuerdo, se harán efectivo
 "el 1º de julio de 1946, estando la validez del mismo condi-
 "cionada a la aprobación de los accionistas de las compañías
 "británicas y a la del gobierno argentino, conforme a las -
 "leyes de los respectivos países.
 "Lo expuesto hace innecesario ningún otro comentario.
 "Repito, honorables señores, que la Argentina ha dado un fe-
 "liz paso en el camino de su recuperación nacional.
 "Conocidas cuantas razones pudieran alegarse en pro o en con-
 "tra de esa adquisición, conjugando conceptos sobre la época
 "o momento en que fuera trazadas nuestras principales redes
 "ferroviarias; su finalidad, su desarrollo, situación actual
 "de las instalaciones, inmuebles y material rodante, situa-
 "ción económica, conveniencias internacionales y financieras,
 "etc., y conocidos también los detalles de las negociaciones
 "y operación final que constituye tal vez la realización má-
 "xima de los anhelos patrios en el orden de recuperación eco-

Otro gesto de tipo diferente, pero calculado igualmente para aumentar nuestro prestigio, fué cuando la Sociedad Rural Argentina a fin de celebrar el centenario de la llegada al país desde Inglaterra del primer "Shorthorn", organizó una fiesta en una estancia a treinta o cuarenta millas de Buenos Aires donde el "Shorthorn" original había sido importado por el antecesor del actual propietario, el Coronel McClymont. A la fiesta asistió el Presidente de la Sociedad Rural y yo pronuncié discursos ante una concurrencia de casi dos mil personas, la mayoría de ellas terratenientes con influencia o gente interesada de una manera u otra en la ganadería.

Como hice notar más arriba, los radicales (sobrevivientes del viejo partido del demagógico Presidente Irigoyen) y sus partidarios norteamericanos e ingleses predecían en todo momento la caída inminente del Gobierno y cuando en junio de 1943 ésta se produjo repentinamente, aunque los tomó completamente de sorpresa, fué recibida por ellos automáticamente con gritos de satisfacción bajo la impresión totalmente falsa de que debía ser obra de la gente que compartía su punto de vista. Los corresponsales norteamericanos quienes, como casi la generalidad de sus representantes oficiales, insitían en apreciar erróneamente las situaciones argentinas y la psicología argentina, compartían este punto de vista y sólo pasados algunos días se dieron cuenta de la amarga verdad de que el régimen había sido derrocado (y sin la menor dificultad) por un grupo de oficiales del Ejército que no tenían ni conexiones ni contactos con los políticos radicales y mucho menos con los norteamericanos, y que se sentían aun menos inclinados a romper con el Eje que el régimen conservador que había derrocado.

"nómica, sólo me resta formular la afirmación de que con esa compra, que significa una liberación, hemos cumplido un compromiso contraído con el pueblo argentino.

"La operación de nacionalización de los ferrocarriles que no tuvo necesidad de ser precedida de propaganda, como tampoco que se batiera el parche, porque el solo hecho de haber independizado las comunicaciones del país constituye de por sí un acto de Gobierno tan fundamental que no recuerdo, desde hace muchos años, ninguno que revista tanta trascendencia. Los transportes argentinos son argentinos; este hecho significa el 50 por ciento de la liberación de nuestra economía. Los transportes terrestres, marítimos ya aéreos representarán en el futuro una parte del patrimonio individual de la Nación cuyo control y responsabilidad técnica y comer-

Un miembro de la colonia británica nos había traído noticias del inminente golpe de estado casi una semana antes de que se produjera. Su informante principal fué un distinguido Obispo, Monseñor de Andrea, quien se interesaba vivamente por la reforma social y tenía estrechas relaciones tanto con los radicales como con el elemento descontento del Ejército. Se prometió confirmación de la noticia después de celebrada una nueva entrevista; pero la revolución estalló a medio preparar y una semana o dos antes de la fecha fijada. La precipitó la tentativa tardía del Gobierno de Castillo de arrestar al General Ramirez y que llevó a que la guarnición de Campo de Mayo, cerca de Buenos Aires, marchara por sobre la Capital.

El régimen de Castillo, aunque contaba con el apoyo de todos los "distinguidos" y las clases gobernantes, cayó como castillo de naipes, refugiándose el Presidente en una cañonera que navegó Río de la Plata arriba.

Por casualidad, daba yo ese día un "cocktail-party" en la Embajada en honor de mi colega Sir Noel Charles, a la sazón Embajador en Río de Janeiro y que estaba de visita en Buenos Aires. Después de algunas vacilaciones, decidí no suspender la reunión a pesar de la revolución, y el hecho es que fué muy animada ya que nadie sabía lo que realmente había pasado y hasta creo que concurren uno o dos de los Ministros renunciantes. Los generales que habían tomado el poder no querían derramamiento de sangre; no habían pasado veinticuatro horas antes de que persuadieran al viejo Presidente Castillo de que regresara, abdicara tranquilamente y se retirara a la vida privada. Por un momento todos los profetas políticos, tanto nativos como extranjeros, se sintieron completamente desorientados, porque hablando en forma general, en la Ar-

"cial estará definitivamente en manos argentinas".

(discurso pronunciado el 20 de febrero de 1947 ante la concentración de obreros ferroviarios en Plaza de Mayo).

"He llegado con el mismo entusiasmo y la misma decisión son

"que hemos cumplido los demás actos hasta éste, en que in-

"corporamos al patrimonio de la Nación Argentina la quinta

"compañía ferroviaria que quedaba en manos del capital fo-

"raneo, último eslabón de esa cadena que ataba los brazos

"de la Nación Argentina y oprimía los corazones de los crios-

"llos que veíamos en la reconquista de nuestro sistema de co"

"municaciones, un factor indispensable de nuestra independen-

"cia económica". (Discurso pronunciado el 14 de mayo de 1949).

gentina los oficiales del Ejército no tenían lugar en la sociedad y no provenían de la clase gobernante de los estancieros, los profesionales prósperos y los grandes comerciantes. Llevaban una vida aparte y en realidad no tenían contacto social con los grupos que habían administrado a todos los gobiernos argentinos del pasado, aun los radicales, y todavía tenían menos contacto con los diplomáticos extranjeros o con los corresponsales de la prensa extranjera. Los norteamericanos, que honestamente habían creído que la revolución era obra de sus amigos políticos los radicales, y que la causa había sido la campaña que el Gobierno y la prensa norteamericanos habían emprendido contra el régimen de Castillo por estar a favor de los alemanes y traicionar la "solidaridad continental", se sintieron también defraudados cuando después de un día o dos se hizo clara por los menos una cosa, a saber, que los radicales, aunque habían tratado de unirse a la revuelta y compartir sus resultados, no tenían nada que hacer con ella ni querían los nuevos hombres mantener relaciones con ellos. (3)

Los norteamericanos se sintieron aun más defraudados cuando también se hizo evidente que el movimiento era exclusivamente militar y que los generales y coroneles que integraban el nuevo Gobierno eran no sólo nacionalistas acérrimos (y por lo tanto representaban la más fuerte oposición a la influencia norteamericana) sino que en la mayoría de los casos habían sido huéspedes de honor del Ejército alemán. La verdad es que el Gobierno alemán había hecho prueba de notable inteligencia por muchos años al cultivar las relaciones con el Ejército argentino, al cual tanto el Gobierno británico como el norteamericano no habían prestado atención; y al recibir cientos de oficiales para períodos de adiestramiento, los habían agasajado con atenciones sociales y concesiones de privilegios, lo que a su regreso a la Argentina los había tornado altamen-

- (3) "Hace tres años la Nación volvió a hacer un alto en el camino. La historia de los días infaustos se repetía. En lo interno, de nuevo las fuerzas de la regresión, parapetadas en los intereses de círculo, dirigían al Estado con prescindencia del interés público y de las necesidades vitales de los trabajadores argentinos, hipotecando la riqueza del país a la avidez extranjera y llegando hasta admitir que poderes inherentes a la soberanía nacional se ejercitasen dentro de nuestro territorio por núcleos foráneos enquistados en el engranaje de nuestra economía."

te sensibles al ostracismo en que los habían colocado las clases gobernantes de su propio país.

Empezó entonces en Buenos Aires una serie de sesiones inter-
terruptas de día y de noche, en la Embajada norteamericana o en
brasileña, a las que asistían los Embajadores de Norte y Sudamérica
con el fin de mantener un frente unido y de tratar de llegar a un
acuerdo sobre las condiciones necesarias para reconocer al Gobierno
del General Ramirez. Sin embargo, a los pocos días, las principales
Embajadas sudamericanas dieron señales inequívocas de querer tener
el mérito de ser las primeras en reconocer ese Gobierno, y no bien
se hizo evidente se produjo una carrera desenfrenada. El Gobierno
norteamericano fué arrastrado por la corriente, y el nuevo Gobierno
obtuvo su reconocimiento aun cuando de un tipo muy especial, sin
tener que convenir en compromisos obligatorios de ninguna especie.
Al principio los soldados no sintieron hostilidad especial hacia
los norteamericanos; por el contrario, sus principales reproches
al régimen derrocado eran, en primer lugar, que era débil y corrup-
to, cosa perfectamente cierta; y en segundo lugar, que no había ob-
tenido de Estados Unidos ninguna clase de abastecimientos, espe-
cialmente en material de armas. A pesar de su simpatía y de su edu-
cación alemanas y al igual que cualquier otro argentino no tenían
deseo alguno de que los arrastraran a participar en la guerra euro-
pea a favor de uno u otro, pero se hubieran sentido muy complacidos
en hacer negocios con ambas partes y en obtener toda la asistencia
técnica posible de Inglaterra, Norteamérica y los alemanes en el
país. No bien se hizo evidente que su revolución contra Castillo
no se debía de manera alguna a la política de neutralidad manteni-
da por este último, la prensa y el Gobierno norteamericanos se vol-
vieron violentamente contra ellos, y en especial al Secretario de
Estado Cordell Hull a quien llegó a obseder la convicción de que
eran agentes nazis que buscaban nazificar a toda América del Sur.

"El mismo fenómeno regresivo se observa en el escenario polí-
tico. Los llamados partidos tradicionales, en cuyas filas
actuaron con brillo, con eficacia y con patriotismo, muchos
"hombres públicos argentinos que han merecido la gratitud de
"la Nación, alternaron y se desgastaron en el Gobierno, ac-
"sando índices de corrupción que concluyeron por desintegrar
"los y por disminuirlos ante la opinión pública en su jerar-
"quía moral. En lo externo, una lamentable inhabilidad para
"hacer comprender, en todo lo que tiene de generoso, de honesto

En los tres años subsiguientes la continua guerrilla de palabras y púas, con que se atacaba desde los Estados Unidos al régimen militar, tuvo como resultado la eliminación sucesiva y por turno de los elementos más moderados del Gobierno, y finalmente, llevó a la elección, mediante una gran votación popular, del Coronel Perón.

El primero de esos incidentes fué el caso del primer Ministro de Relaciones Exteriores, Almirante Storney (sic). El Almirante Storney fué quizá el más cordial, honrado y franco de todos los miembros de los diversos Gobiernos argentinos que ocuparon el poder durante mi residencia en el país; un hombre completamente desprovisto de tendencia a la intriga y a los cálculos partidistas tan comunes en la vida política; y tuvo la rara distinción de poder ser considerado bajo cualquier aspecto como un caballero. Probablemente por esas mismas razones, tuvo la suficiente ingenuidad como para enviarle una carta a Cordell Hull - redactada, según supe más tarde, por el igualmente ingenuo General Ramirez, pero de la cual Storney aceptó toda la responsabilidad, que no era más que un llamamiento en el que solicitaba a Norteamérica buena voluntad y confianza. Esa carta proporcionó a Cordell Hull y al Departamento de Estado lo que ellos consideraron una magnífica oportunidad para desacreditar al nuevo Gobierno y la hicieron publicar, junto con una respuesta virulenta que tenía como fin hacer aparecer como a un tonto al viejo Almirante, honrado y bien intencionado, y que consiguió su propósito; tal fué su efecto que el Almirante se vió obligado a presentar inmediatamente su renuncia. La renuncia del Almirante fué una victoria pírrica ya que su único resultado fué fortalecer el sentimiento anti norteamericano dentro del Gobierno y entre sus partidarios, y aumentar la autoridad de los elementos más fuertemente nacionalistas. En el curso de los acontecimientos, esos principios llevaron a la eliminación del General Ramirez mis

"to, de cordial, pero también de altivo, el espíritu argentino, no y una lamentable y correlativa incomprensión de quienes, por no haber releído nuestra historia olvidaron que, si es fácil rendirnos por el corazón, es imposible doblegarnos - por la prepotencia. Había, pues, que recurrir una vez más a las virtudes patricias que dormían en el alma argentina. Y el alma argentina despertó. Despertó en la maravillosa intuición del pueblo; en la confianza que éste puso en la capacidad de recuperación de sus hijos, en el alegre y bullanguero desdén con que se movió

mo (que inmediatamente después de asumir la Presidencia había sol^o citado se le autorizara a enviar una misión de altos funcionarios a Estados Unidos para negociar armas y créditos) y a su reemplazo a General Farrell quien, aunque lejos en la realidad de ser la figura siniestra que imaginaron sus opositores argentinos y norteamericanos, era ciertamente muchos más duro que el General Ramirez y, en la época en que llegó al poder, muchos menos dispuesto a ser conciliador. Además, al asumir el General Farrell la Presidencia, llevó a primer plano a su amigo personal, el entonces Coronel Perón.

Cuando esto ocurrió a fines de 1943, el Gobierno norteamericano - que se había reprochado con intensa amargura su reconocimiento del Gobierno Militar - comenzó a reflexionar sobre la posibilidad de remediar el error considerando el cambio de presidente como acto inconstitucional que podía negarse a reconocer. De acuerdo con este concepto, la Embajada dejó de mandar notas al Gobierno argentino, aun sobre los asuntos más rutinarios; de modo que no pasó mucho tiempo antes de que se apilaran en la Aduana mercaderías destinadas a los miembros de la Embajada de Estados Unidos, incluyendo cunas para los futuros herederos que aumentarían la familia de los funcionarios de la Embajada norteamericana.

Por supuesto, durante todo ese período recibí instrucciones de hacer lo propio, pero desde un principio me negué a aplicar las instrucciones a comunicaciones de rutina tales como los permisos aduaneros, y me ocupé de todos los trámites necesarios por intermedio de conexiones personales. Un ejemplo interesante fué cuando me enteré que funcionarios demasiados celosos ponían obstáculos a las ferias y actos similares organizados por nuestros comités británicos, y, lo que era aun peor, de que se estaba proyectando un Decreto en virtud del cual el Gobierno argentino retendría una parte considerable de nuestras suscripciones para los prisioneros

"entre la incompresión y las turbias confabulaciones de resentidos que en un momento dado llegaron hasta renegar de su propio linaje para servir propósitos extranjeros y dieron, por esa razón, el triunfo que merecía el auténtico argentino. A este punto hemos llegado. De ahora en adelante se inicia una nueva etapa para la vida del país. Recuperada y fortalecida la Nación Argentina se ha puesto de nuevo en marcha".
(Discurso pronunciado el 5 de julio de 1946).

de guerra y las obras de caridad. Al mismo tiempo, se arrestó en las provincias a un contador público inglés en razón de una investigación que se estaba practicando en la compañía norteamericana que lo había empleado profesionalmente.

Convoqué a una reunión a las principales personalidades de la colectividad británica y les pregunté si estarían dispuestas, en caso de que fracasaran mis esfuerzos ante el Gobierno argentino, a suspender todas sus actividades. Convinieron inmediatamente en hacer cualquier cosa que yo recomendara, y después de eso fui a ver lo al Ministro de Relaciones Exteriores, el Coronel Gilbert, a quien los opositores del régimen consideraban el miembro más peligroso del Gobierno. (El Coronel Perón no se había convertido todavía para la oposición en el villano de la comedia). Le expuse los hechos al Coronel Gilbert y le dije que si se intervenía de alguna manera con las actividades de caridad de tiempo de guerra desarrolladas por la colectividad británica, todas ellas serían suspendidas y yo publicaría en "The Times" un llamamiento público pidiendo contribuciones en Inglaterra para compensar la pérdida. El Coronel Gilbert mandó buscar inmediatamente a su Secretario General y le dijo que "no debían ser arrestados más ingleses", y que debía ponerse en libertad a todos los que estaban arrestados, prometiéndome entre visitar al Presidente sin demora para hablarle del asunto del Decreto; pocas horas después me informó que el proyecto se había abandonado. La parte más extraordinaria de todo este asunto (que, de acuerdo con mi práctica invariable, mantuve en estricto secreto para salvar el prestigio del Gobierno) fué que el Gobierno brasileño, al cual Inglaterra ponía siempre de modelo porque había declarado la guerra, se quedaba normalmente con la mitad de las sumas recolectadas para las obras de caridad británicas de tiempo de guerra por la colectividad británica en ese país, cosa que aparentemente se consideraba natural. Otro ejemplo fué que cuando los simpatizantes argentinos reunieron por suscripción el costo de una es cuadrilla entera para la R.F.A., y el Ministerio del Aire invitó al Embajador argentino en Londres a la ceremonia de toma de posesión, presidida por S.A.R. el Duque de Gloucester, el Ministro de Negocios Extranjeros insistió en que se retirara esa invitación.

A fines de 1943, el General Farrell adoptó varias medi-

das para conciliar a los Gobiernos de Gran Bretaña y Norteamérica, y a principios de 1944 prácticamente deshizo toda la organización nazi en la Argentina mediante el arresto de varios de sus miembros más importantes, basándose en la información que yo le había suministrado y que había obtenido en gran parte de un personaje sospechoso que, con la connivencia de algunos miembros del Gobierno, había partido para Alemania a comprar abastecimientos y había sido detenido por nuestros funcionarios en la mitad de su viaje. El Gobierno también rompió las relaciones diplomáticas con las Potencias del Eje, cosa que sus predecesores ni habían soñado hacer. Estos actos de conciliación, sin embargo, sólo tuvieron como resultado, convencer a Cordell Hull de que el Gobierno de Farrel estaba "en la mala" como resultado de la presión norteamericana, y caería con el retiro de los Embajadores de las Potencias Aliadas.

De todas maneras, la posición del Embajador norteamericano, Norman Armour, que no tenía contacto con el Gobierno ni por escrito, ni oral, ni personalmente, se estaba volviendo imposible; y en junio de 1944, Estados Unidos decidió llamarlo y dejar a cargo de la Embajada al Consejero, Jack Cabot. Aunque nuestra conducta había siempre estado de acuerdo con la de Norteamérica, en Londres no se dieron cuenta enseguida de que mi permanencia aquí sería considerada por los norteamericanos como una enorme traición. Una declaración de Londres de que nada se sabía sobre mi partida dió como resultado que el Encargado de Negocios norteamericano y la esposa del Embajador - que todavía no había partido - me llamaran por teléfono para hacer averiguaciones. Ambos expresaron su asombro y me dijeron que las noticias carecían de sentido común; me apresuré a explicar al Ministerio de Negocios Extranjeros el efecto que tendría sobre la opinión norteamericana que yo abandonara la Argentina. Simultáneamente, Cordell Hull, como relata en sus memorias, "entrevistó al Presidente y le pidió interviniera... El Presidente envió inmediatamente después un mensaje personal al Primer Ministro Churchill el 30 de junio; rogándole que tomara una posición común con nosotros y que llamara de vuelta al Embajador británico en la Argentina.... El Primer Ministro asintió con el Presidente muy a su pesar y casi con fastidio. En un mensaje al señor Roosevelt, fechado el 1º de julio, decía que.... había deci

dido actuar de acuerdo con los deseos del Presidente.... que no veía qué esperábamos conseguir de la Argentina con ese método, y que él mismo no podía entender adonde llevaría esa política". - (Cordell Hull contestó el 4 de julio que "la decisión del Primer Ministro de llamar al Embajador Kelly, tomada en conjunto con la acción similar seguida por nosotros y por otros, ha producido ya resultados importantes y concretos". Esos "resultados" sólo existían en la imaginación del señor Cordell Hull, como lo demostraron los acontecimientos). Por lo tanto se me impartieron instrucciones de regresar a mi país "para consultas", y por exactamente la misma razón, salieron del país los embajadores sudamericanos y los representantes de los gobiernos europeos en exilio. (4)

Dispuse lo necesario para regresar a mi país a bordo de un barco británico, pero recibí un telegrama urgente en el que se ordenaba regresar por avión a fin de no dar la impresión de que mi regreso tenía un carácter definitivo. Obedeciendo las instrucciones volé hacia el oeste, atravesando los Andes, acompañado de mi mujer y de mi último hijo; en Santiago de Chile y en Lima, Perú, me encontré con invitaciones de los Ministros de Relaciones Exteriores, a fin de reunirnos - hecho que revelaba su profundo interés en el conflicto argentino norteamericano en el que se encontraban envueltos muy a pesar de ellos.

Los Ministros mismos ocultaban a duras penas su impaciencia frente a la presión que se estaba ejerciendo sobre ellos para obligarlos a romper relaciones con la Argentina, su vecino, y especialmente en el caso del Perú, país para el cual los abastecimientos de alimentos argentinos eran sumamente importantes. En Panamá permanecimos un día en la Legación británica con Stanley Irving, que había sido Consul en Lisboa veinte años antes, en la época en

- (4) "Nuestra Patria argentina ha vivido momentos de grave incomprensión internacional, pudiendo servir como espejo de países libres y democráticos, se ha visto atacada con las campañas que en un momento dado y en el concierto de las naciones, más podían perjudicarla. Y ni aun faltan en el día de hoy acusaciones de propósitos imperialistas que los argentinos hemos repudiado siempre y que constituyen un agravio intolerable".
 "Los argentinos como ciudadanos de un país libre y gallardo tenemos la obligación de oponernos a cualquier suerte de

que yo era allí segundo secretario.

Salimos a visitar la vieja ciudad de Panamá, que nunca había vuelto a ser habitada después de ser saqueada por Morgan y sus bucaneros en el siglo XVII. Esa vieja ciudad colonial española del siglo XVII, con sus iglesias, casas y calles claramente de lineadas, tuvo para mí un gran atractivo - y aún con mayor razón porque simpatizaban más con la civilización que representaba que con los infames salteadores que sólo eran capaces de destruir. Uno de los atractivos del Nuevo Panamá es ir a ver cómo los pelicanos se zambullen en el mar en busca de peces.

Con anterioridad había expresado:

Al llegar a Miami, donde debíamos esperar una noche para tomar el avión a Washington, recibimos un mensaje telefónico informándonos que el Duque y la Duquesa de Windsor también habían llegado a Miami y nos invitaban a visitarlos en su hotel. Durante la visita que duró una hora, el Duque confirmó todo lo que yo había oído sobre la gran impresión que la Argentina le había hecho en sus dos visitas; prueba de ello fueron sus innumerables preguntas sobre asuntos y personalidades de la Argentina y el hecho de que recordara los nombres de los muchos estancieros que había conocido.

Al llegar a Washington, nuestro Encargado de Negocios, Sir Ronald Campbell, me llevó a ver al Secretario de Estado, Cordell Hull.

En el segundo volumen de sus memorias, el señor Cordell Hull dedicó casi siete páginas a esta entrevista y a las circunstancias que la siguieron y la precedieron inmediatamente. Publicadas varios años más tarde y mucho después de la aplastante victoria del General Perón, esas páginas prueban que todavía no se daba cuen

"avasallamiento, sea quien fuere el que lo intente. Para ello
 "no hemos de reparar en medios ni en sacrificios. Dije hace
 "más de cinco años que, si por rechazar cualquier imposición
 "debíamos prescindir de las comodidades de la civilización,
 "estábamos dispuestos a cualquier sacrificio.
 "Que mientras tuviésemos caballos, los criollos no echaríamos
 "de menos los automóviles; si ni caballos poseyéramos, a pie
 "recorreríamos nuestros caminos sin fin. Y si algún osado -
 "quisiera acorralarnos, para defender nuestra Patria no preci

ta de su apreciación completamente errónea del panorama argentino; pero también demuestran que el Gobierno británico - como bien había comprendido yo en ese momento - no presentó bases convincentes para su conducta y había dado sencillamente la impresión de hacer - las cosas a disgusto y arrastrando los pies. En el pasaje que ya he citado de su respuesta del 4 de julio relativa a mi retiro de la Argentina, dice que había destacado que en todas partes se reconocía que el problema planteado en la Argentina era el mismo que se presentaba en la guerra contra el Eje, y dice que en su entrevista conmigo manifestó que tanto Churchill como Eden tendían a - no justipreciar la gravedad de la situación en la Argentina, a pasar por alto los principios en juego y las serias cuestiones básicas que podían plantearse, y a apreciar la situación principalmente, como asunto relacionado con la carne y con la necesidad de importar ciertos productos argentinos, que Gran Bretaña experimentaba durante la guerra. La verdad de los hechos era, decía él, que la composición del Gobierno argentino y la atmósfera en la Argentina eran poco propicias y constituían una amenaza para la causa aliada. Cuenta también como más tarde dijo a Lord Halifax que la Argentina "bajo el control de un gobierno fascista y fuera de la ley - es el refugio y el cuartel general, en este hemisferio, del movimiento fascista".

De lo que precede puede inferirse que nunca había yo creído en la estrecha relación con el nazismo europeo del Gobierno Militar argentino, y mucho menos con su predecesor, el gobierno conservador, y que estaba convencido que en su actitud hacia los beligerantes sus sentimientos eran fundamentalmente iguales a los de todos los argentinos, cualquiera fuera la clase a que pertenecieran. También estaba yo convencido de que Farrell y Perón, lejos de

"saríamos los adelantos atómicos ni las armas automáticas. Nos bastaría una tacuara, nos bastaría nuestros puños mientras en nuestro pecho palpitara nuestro corazón. No es que yo crea - que este caso llegue a presentarse a los argentinos. No vayan a interpretar los agoreros que preveo desastres y calamidades. Sólo expreso la convicción, bien arraigada en mi espíritu, de que los argentinos constituimos un pueblo que no sabe doblegarse ante ninguna imposición. A las buenas, todo!". "Frente a una amenaza, nada!". (Discurso pronunciado el 1º de mayo de 1949 ante la concentración obrera reunida en Plaza de Mayo para celebrar el Día del Trabajo).

ser un grupo de conspiradores que mantenían una dictadura militar, contaban con el apoyo de buena parte del país y que las críticas y ataques constantes del "coloso yanqui" sencillamente contribuían a aumentar su popularidad. La victoria aplastante de Perón en una elección perfectamente libre pocos años más tarde demostró que mi diagnóstico había sido correcto. Desgraciadamente, sin embargo, debido en parte a su preocupación por la guerra y en parte al hecho de que la prensa norteamericana, el Gobierno británico, aunque compartía mi punto de vista de que las técnicas estadounidenses servían para producir un efecto contrario al que se deseaba y ansioso de evitar un conflicto con el Gobierno argentino que pudiera poner en peligro nuestros abastecimientos, compartía, más o menos, el punto de vista norteamericano en cuanto a la mala calidad y el sentimiento pro alemán del Gobierno argentino. Por esa razón aceptó los puntos principales propuestos por Cordell Hull, y resistiéndose a sus deducciones dió la impresión de estar subordinando egoístamente los intereses aliados a sus propias necesidades materiales, aunque a decir verdad éstas eran suficientemente importantes.

Para cualquiera que lea ese capítulo de las memorias del Sr. Cordell Hull, sin tener conocimiento real de las circunstancias, la actitud adoptada por el Gobierno británico parecerá indecisa y egoísta. Pero los hechos reales, incluyendo el hecho muy evidente de que tanto el Embajador norteamericano como los demás regresaron a la Argentina después de unos nueve meses sin que su ausencia o su regreso influenciaran la situación de ninguna manera, probaron que las vacilaciones del Gobierno británico, aunque no pudiera dar razones apropiadas para justificarlas, eran perfectamente razonables. La versión de Cordell Hull sobre su entrevista conmigo, que duró cuarenta minutos, destaca el hecho de que constituyó prácticamente un monólogo recitado por él sobre un asunto que yo conocía mucho más a fondo y que en las pocas oportunidades en que pude hablar él interpretó mis palabras como mejor le convino. "Kelly dijo que deseaba aclarar que su Gobierno, y ciertamente él mismo, compartían nuestra opinión en cuanto al Gobierno argentino y que si existía alguna divergencia, se refería únicamente al mejor procedimiento a seguir para obligar a ese Gobierno a cambiar su política hasta convertirla en una de apoyo a la política de las Naciones Unidas. Me dijo que per-

sonalmente creía que debíamos proponer condiciones específicas al régimen de Farrell; de su estricto cumplimiento dependería obtener el reconocimiento". Yo no había dado una opinión personal en cuanto al Gobierno argentino, y mi referencia a condiciones específicas era, a decir verdad, una crítica a las tácticas norteamericanas, ya que en su afán de eliminar al régimen de Farrell se habían negado a proponer condiciones específicas con respecto al reconocimiento. A esto contestó el señor Cordell Hull que Farrell y su Gobierno sabían lo que ellos se esperaban pero que sin pisotear nuestros principios sería imposible acercarnos a la Argentina y decirle que todo le sería perdonado y que estaríamos dispuestos a establecer relaciones oficiales con ella. "Kelly me preguntó entonces si esto quería decir que nuestro Gobierno no estaría dispuesto a reconocer el actual régimen argentino bajo ninguna circunstancia. En ese caso deberíamos prepararnos a una larga espera, ya que él no veía ninguna oposición suficientemente fuerte para derrocar el régimen de Farrell. Se preguntaba también si seríamos capaces de mantener de nuestro lado a las demás repúblicas americanas". Esto era exactamente lo que yo había dicho, y al reproducir sus propios comentarios el señor Cordell Hull pasa por alto completamente el hecho de que el régimen argentino no fué derrocado, que por el contrario, el General Perón ganó más tarde una victoria electoral decisiva, y que mucho antes de que eso sucediera la presión ejercida por las demás repúblicas americanas obligó al Gobierno de Estados Unidos a volver a enviar allí un embajador.

Dicho sea de paso, en ese capítulo el señor Cordell Hull dió a publicidad un hecho cuya importancia no fué nunca comprendida en Inglaterra, y que fué quizá el ejemplo más serio de las dificultades que continuamente encontré durante mi misión en Buenos Aires. Hull dice que "discutimos con Gran Bretaña, y el Primer Ministro tuvo un intercambio de cables sobre el asunto, que los ingleses disponían de un excedente suficiente de carne para poder prescindir por un tiempo de la carne argentina o por lo menos para negociar con la Argentina sobre una base mensual. Por otra parte, los ingleses deseaban acceder a la solicitud del Gobierno argentino de que firmaran un contrato por cuatro años".

De hecho el Gobierno argentino estaba dispuesto en ese

momento a firmar un convenio de carne por cuatro años, sobre la base de los precios vigentes, y la triste historia de las negociaciones con el Gobierno argentino en los años que siguieron a la victoria de Perón y a mi partida habla por sí misma.

Pasaron nueve meses estériles en Inglaterra ostensiblemente ocupados en consultas, hasta que a fin de abril de 1944, habiendo decidido los norteamericanos, sin que yo pudiera comprender la razón que los movía, enviar un nuevo embajador a Buenos Aires, recibí instrucciones de regresar, y lo hice por la ruta más directa: Lisboa, Sud Africa, y Brasil.

Aun durante este período de ausencia mis esfuerzos por mejorar nuestra posición por lo menos en lo concerniente a asuntos apolíticos, se vieron nuevamente frustrados. De acuerdo con el Embajador argentino en Londres, señor Cárcamo, concentré una visita del Ballet Saddler's Wells a Buenos Aires, habiendo ofrecido el Gobierno argentino facilitar un teatro a título gratuito. Ese viaje hubiera dado oportunidad de visitar otras ciudades de Sudamérica. Esta ocasión única de presentar un nuevo programa de la cultura inglesa al público latinoamericano, en un momento en que no existía competencia europea, fué desperdiciada por la negativa del Ministerio de Transporte de Guerra a autorizar el viaje. El proceso a la inversa - visitas argentinas a Inglaterra - no recibió tampoco apoyo de ninguna especie durante toda mi misión. Y así, cuando el Gobierno argentino propuso mandar una misión a Inglaterra para comprar equipos hospitalarios ingleses (hasta ese momento había comprado equipos franceses y alemanes), la propuesta fué rechazada, aunque Estados Unidos invitaba a cientos de argentinos, con todos los gastos pagos, y los cadetes de West Point organizaron un desfile para un grupo de periodistas argentinos.

La noche antes de mi apresurada salida de Buenos Aires en 1944, había celebrado una reunión secreta con el General Farrel, el Presidente, y el Coronel Perón, en un departamento del cual se habían hecho salir hasta a los sirvientes para esa ocasión. En esa reunión el Coronel Perón me aseguró con una cordial sonrisa que el Gobierno argentino no deseaba de ninguna manera comprar los ferrocarriles británicos. Nos despedimos amistosamente, habiendo ellos comprendido que la situación internacional me hacía imposible permanecer

en Buenos Aires sin la presencia simultánea del Embajador norteamericano, de modo que cuando regresé en 1945 no tuve dificultad alguna en reanudar las relaciones amistosas con el Gobierno Militar.

Sin embargo, previendo que la aversión de los "distinguidos" hacia el régimen militar (aunque entonces no había llegado al punto que llegó poco tiempo después) haría que fuera muy difícil para mi agasajar a los miembros del Gobierno cuando llegara mi esposa, decidí dar un almuerzo para hombres solos, al cual invité al Presidente, General Farrell, al Coronel Perón y a algunos otros miembros del Gobierno, junto con varios de los representantes más responsables de la rica clase opositora, cuyos cargos oficiales los ponían en relaciones comerciales con el Gobierno.

El almuerzo fué todo un éxito., habiendo pronunciado el General Farrell un discurso muy amistoso, y aunque fué aceptado como un acto correcto por parte de los norteamericanos y de todos aquellos cuya opinión importaba, el recuerdo de ese almuerzo fué sumamente útil para conservar la buena voluntad del Gobierno durante el lamentable período que comenzó muy poco después, período en el cual me fué casi imposible tener contactos amistosos con el Gobierno. En efecto, fué un gesto apropiado y oportuno del cual nunca me he arrepentido, y me sentí sumamente fastidiado cuando, en contestación a mi informe, recibí una carta dolorida del Subsecretario Ayudante, a la cual envié una contestación que hizo imposible.

El día de la victoria en Europa llegó ese mismo mes (8 de mayo de 1945) y ocurrió un incidente curioso. Se me había prevenido a la mañana que era posible que algunos amigos argentinos vinieran a verme a la Embajada para felicitarme y por tanto ordené a los sirvientes que tuvieran bebidas preparadas. Esos amigos llegaron sin lugar a dudas; pasados los primeros diez minutos los sirvientes que servían las bebidas no podían atravesar el salón debido a la multitud y media hora más tarde deben haber llegado a mil las personas que se agolpaban en la Embajada. Hacía algún tiempo que la Embajada francesa estaba completamente vacía salvo la presencia de un oscuro encargado y archivero. De manera que el sentimiento tradicional y sentimental de la Argentina hacia Francia tuvo que materializarse en nuestra Embajada y en un momento dado, cuando los salones estaban completamente llenos, por impulso espontáneo mis huéspedes empezaron

a cantar juntos La Marsellesa, eco curioso de la inmensa influencia que Francia ha tenido siempre sobre la sociedad argentina. Cuando por fin se fueron los invitados, muchos de ellos permanecieron cerca de la puerta dando vítores, y debí acercarme a la puerta a hablarles. Ese mismo día mi mujer salía en avión de Inglaterra y al llegar aquí tres días más tarde dimos una recepción; en la mañana de ese día recibí cientos de ramos de flores, muchos de ellos de orquídeas muy costosas. Quizá fué esta la última ocasión en que merecimos la aprobación unánime y entusiasta de la mejor sociedad argentina, con la cual tuvimos tanto que ver durante los primeros dos años.

Las dificultades empezaron con la llegada poco después del nuevo Embajador norteamericano, Spruille Braden, cuya breve estadía en Buenos Aires fué uno de los más curiosos episodios de mi carrera diplomática. El señor Braden, que no era diplomático de carrera, pero había adquirido sobre Sudamérica como ingeniero de minas en la costa del Pacífico, llegó a Buenos Aires con la idea fija de que la Providencia lo había elegido para derrocar al régimen Perón-Perón, alentado y agasajado por la Oposición, en especial por los miembros más ricos de la "sociedad", emprendió una serie de violentos discursos contra el régimen. Poseía un cierto don magnético; yo lo apreciaba a él personalmente y traté de advertirle que su campaña acabaría por frustrar sus objetivos pues reuniría alrededor del Coronel Perón las fuerzas del nacionalismo y el sentimiento antinorteamericano. Pese a ello, cuando durante un gran banquete en el Plaza Hotel, cientos de invitados parados en las sillas empezaron a aplaudir y a gritar "bravo" y "Via Braden", durante varios minutos seguidos, el entusiasmo fué irresistible y empezó a hablar cada vez con mayor libertad. (5).

Conservo dos recuerdos especialmente agradables de mis relaciones americanas. Uno de ellos es una comida para hombres solos que tuvo lugar en la Pilgrims' Society, en la cual alrededor de cincuenta hombres de negocios ingleses y cincuenta comerciantes norteamericanos nos invitaron a Braden y a mí a pronunciar discursos; la

(5) "A menudo se recurre en los tiempos modernos a sistemas diplomáticos exaltados o pacíficos. Llamamos pacíficos a aquellos que confían a la habilidad de los hombres conseguir lo que en derecho corresponde, lo cual es posible mediante el entendimiento, la comprensión y la buena voluntad de los pueblos. Y existen los que recurren a la coacción, a la presión de la fuerza, al

atmósfera no pudo haber sido más cordial ni más simpática. El otro es un almuerzo para celebrar el 4 de julio, al cual asistieron casi 700 miembros de la colonia norteamericana; en una ocasión fui invitado a pronunciar un discurso entre el del Presidente de la Sociedad y el del Embajador. Acababa de aparecer la obra de Walter Lippman sobre Política Exterior Norteamericana y lo tomé como base para explicarles su tesis de que tanto Estados Unidos como las naciones sudamericanas habían podido progresar durante un siglo y en paz debido a la protección de la Marina inglesa. También dije en mi discurso que los norteamericanos habían tomado de los ingleses su posición de recatitud y, como Labouchere dijera de Gladstone, la costumbre no sólo de guardarse en la manga el as de triunfo, sino de estar impacientemente convencidos de que Dios lo había puesto allí. Mi numeroso auditorio norteamericano tomó de la mejor manera las cuatro verdades que le canté, y me aplaudieron en una firma aún más sorprendente si se toma en cuenta la situación especialmente delicada que se había creado por la rivalidad de los intereses británicos y norteamericanos en la Argentina. Un mes o dos más tarde, el señor Braden fué llamado a su país para ocupar el puesto de Subsecretario en Washington a cargo de las relaciones sudamericanas. Me ha parecido siempre que éste fué el mayor de los muchos errores cometidos por el Gobierno norteamericano con respecto a la Argentina. Aunque la rapidísima intervención de Braden en la política interna de la Argentina era un juego muy peligroso, es quizá posible que lo hubiera llevado a buen término gracias a su energía y a su magnetismo personal, si hubiera permanecido en el país el tiempo suficiente para seguirlo hasta el final.

Evocaremos a continuación algunos juicios emitidos por el General Perón sobre la diplomacia y los funcionarios que en ella se desempeñan que, aunque no fueron formulados expresamente para ser aplicados al Embajador Braden, definen un tipo de diplomático al que él pertenece y, desgraciadamente, no como caso único en la historia de estos últimos años:

- "empleo de la difamación y de la campaña tendenciosa, pagada y organizada, que trata de destruir los valores fundamentales de la nacionalidad. Esas campañas tendenciosas, el periodismo utilizado para difamar a hombres y a pueblos son la negación de

Tal como sucedieron las cosas, salió de Buenos Aires justo cuando la Argentina estaba en vísperas de una crisis que podría fácilmente haber destruido todas las perspectivas del Coronel Perón. Se produjo una revuelta entre los partidarios del Gobierno en el Ejército y la Marina, especialmente entre los últimos; el Coronel Perón fue arrestado y sacado de Buenos Aires, y los miembros del Gobierno presentaron su renuncia, con excepción del Presidente y el Ministro de Marina. El Presidente invitó a los dirigentes de la Oposición a formar un gobierno; de haberlo hecho, ello les hubiera proporcionado el elemento clave que era el Ministerio del Interior y les hubiera permitido, mediante el empleo de los métodos electorales tradicionales y la supresión de la propaganda opositora, hacer imposible la elección eventual del Coronel Perón como Presidente.

Se inició entonces una comedia increíble. Durante casi una semana los viejos estadistas del antiguo régimen charlaron y discutieron día y noche en los clubs, tratando de formar un gobierno, pero no pudiendo hacerlo a causa de la negativa general de colaborar con el General Farrell y con el Ministro de Marina. La efervescencia popular empezó a crecer rápidamente, estimulada por la reacción de muchos empleadores quienes se negaron a pagar a sus obreros esos días de feriado que, de acuerdo con las nuevas leyes inspiradas por el Coronel Perón en calidad de Secretario de Trabajo y Previsión debían ser pagados por los empleadores, diciéndoles que todo eso había acabado. Uno de esos días, mi mujer y yo estábamos comiendo en el Plaza Hotel con el Embajador de Canadá, el señor Chipman, y desde las ventanas de su salón gozamos de una vista sobre la Plaza San Martín en el momento en que se dispersaba una manifestación; se produjo un tiroteo bastante fuerte por ambas partes. Cuando quisimos regresar a nuestra residencia encontramos que las puertas principales estaban cerradas y con tranca, pero se nos dejó salir por una calle lateral-escenario de tiroteos periódicos. Sin embargo, aprovechando un momento de tranquilidad, corrimos por la calle hasta encontrarnos con -

"la diplomacia, de la honradez y de la dignidad de las naciones que las organizan.

"Un diplomático no puede entrar a un país para realizar una ma-

"la acción contra el mismo país que lo alberga y protege.

"Por eso, el diplomático ha de ser por esencia un caballero, un

"caballero templado a la antigua, que pone por sobre sus conve-

nuestro chófer, Carlos. Este individuo lleno de recursos había solucionado los pedidos que había recibido de muchos manifestantes de - que los llevara en el auto hasta la plaza para eludir así a la policía diciéndoles que accedía a ello pero que tenía que cargar un poco de mafta, cosa que le demoraría unos minutos, y se había alejado - rápidamente.

En las primeras horas de la mañana del 17 de octubre los gerentes de los ferrocarriles ingleses vinieron a decirme que se había declarado una huelga espontánea sin organizadores conocidos en todos los ferrocarriles, de modo que Buenos Aires estaba aislado. En la tarde de ese día, decidí que era necesario ir a la Casa Rosada para decirle al único ministro que quedaba -el Ministro de Marina- que debía asumir la responsabilidad de proteger los ferrocarriles. Debo confesar asimismo que me impulsaba una enorme curiosidad por saber qué estaba pasando. Al acercarnos a la Casa Rosada vimos que la plaza estaba atestada de descamisados; alrededor de la Casa Rosada - había un cordón de policía montada, pero no hacían esfuerzo alguno - por impedir el paso de la gente ni se metían para nada con la multitud. El chófer quería retroceder y tuve que insistir para que siguiera adelante a muy poca velocidad. Tal como había esperado, la multitud nos dió paso no bien vió la bandera inglesa, contentándose con - gritar en forma amistosa: "Viva Perón!". "Abajo Braden!". Llegué - hasta la casa de gobierno y el Ministro de Marina me prometió que - haría todo lo posible en el asunto de los ferrocarriles; pero que por el momento ni él mismo estaba muy seguro de lo que estaba sucediendo. Esa incertidumbre duró poco. Media hora después de dejarlo, pasando a través de la multitud con la misma facilidad con que la había pasado antes, el Presidente Farrell arengaba a la multitud desde el balcón de la Casa Rosada, y parado a su lado estaba el Coronel Perón, que había sido traído en triunfo a la ciudad esa tarde. Ese

"niencias personales y sobre la inmoralidad circunstancial de
 "los hechos". Los hombres, el derecho a pensar siempre más al
 "to en nombre de la nación que representa. Su caballerosidad no
 "es personal: es nacional. Por esa razón los diplomáticos argen
 "tinos que representan a nuestra Patria en el extranjero, deben
 "estar inspirados en sus actos por la más alta moral y compren
 "der que el acto considerado indigno para una personal lo es -
 "cient veces más para la nación que representa". (Discurso pro
 "nunciado el 5 de abril de 1949 en la inauguración de la Es
 "cuela de Diplomacia).

mismo día algunos miembros de la Oposición habían decidido aceptar la situación y entrevistaron al General Farrell para llevarle la lista propuesta de Ministros, pero se los despidió diciéndoles que el Coronel Perón había vuelto. De esta manera, la Oposición que la campaña de Brader había llevado a un estado de exacerbación que quizá haya sido la causa de la desaparición temporaria del Coronel Perón, desperdició su única posibilidad de recobrar el poder y de excluir permanentemente a su futuro dictador. Desde ese momento en adelante, hasta las elecciones a principios de 1946, los acontecimientos se sucedieron rápidamente indicando cuál iba a ser, en mi opinión, pero no en la de la oposición cegada por el odio y por sus propios deseos, el fin inevitable. (6)

Desde mi primera entrevista con Perón llegué a la conclusión de que era un brillante improvisador, con un fuerte sentido político y gran encanto personal, pero sin interés alguno por la ideología nazi ni por ninguna otra. Sentía instintivamente, y estaba en lo cierto, que la masa desheredada del pueblo argentino ansiaba inconscientemente tener un caudillo, que es la palabra latinoamericana para el dictador personal que posee en cierta manera una atracción mística; con un instinto seguro sobre la mejor manera de sacar provecho de este sentimiento eligió, en 1943, el entonces oscuro cargo de Secretario de Trabajo y Previsión. Se dedicó perseverantemente a crear un movimiento gremial con auspicio gubernamental y bajo su propio control, y en menos de dos años consiguió atraer a la gran mayoría del proletariado. Ya he mencionado cómo perdió la Oposición conservadora la oportunidad de formar un nuevo gobierno bajo la presidencia de Farrell en octubre de 1945, y cómo un movimiento espontáneo del proletariado trajo de vuelta a Perón, y ésta vez definitivamente.

- (6) "El 17 de octubre será para todos los tiempos la epopeya de los humildes, día de la ciudadanía y del pueblo argentino; no de una parte del pueblo ni de agrupaciones determinadas, sino de todo el pueblo auténticamente criollo. Y como buenos criollos, comencemos por perdonar a los que nos han traicionado, a los que han traicionado nuestra causa". (Discurso pronunciado el 17 de Octubre de 1946).
- "La Historia nos enseña que toda revolución legítima es siempre triunfante. No es la asonada, ni el motín, ni el cuartelazo; es la voz, la conciencia y la fuerza del pueblo oprimido que salta y rompe la valla que lo oprime. No es la obra del egoísmo de la maldad. La revolución en estos casos es legítima, precisamente porque derriba el egoísmo y la maldad.

(7).

Todavía oportunista, por un tiempo siguió dispuesto a llegar a transacciones con las esferas comerciales, pero el odio histórico de los ricos y la mal aconsejada campaña del Embajador Braden fortalecieron de tal manera su dominio sobre las masas que pudo prescindir de cualquier otra clase de apoyo. Aun cuando su carta de triunfo más fuerte era su propia popularidad con las masas, sacó inmensa ventaja del hecho de poder empapelar las paredes con carteles murales cuyo slogan era "Perón versus Braden", haciendo reaccionar de esta manera la desconfianza profundamente arraigada de los argentinos hacia los norteamericanos.

Aun cuando no ejercía funciones ministeriales, desde el cargo clave de Secretario de Trabajo y Previsión no sólo promulgó una serie de decretos y reglamentaciones destinados a ser recibidos con satisfacción por todos los sectores del proletariado, sino que convirtió la Secretaría, con todos sus representantes e inspectores regionales, en una enorme máquina electoral. Sin embargo, de lo que sacó mayor ventaja fué del hecho de que el señor Braden, desde Washington, continuó llevando adelante su dramática intervención mediante constantes declaraciones y discursos. El slogan que, como dije antes, pronto apareció en todos lados en los carteles murales - fué "Braden versus Perón y los obreros argentinos versus la dominación yanqui", etc. (8).

Mientras continuaban lloviendo leyes obreras y los inspectores empezaban a visitar las grandes estancias -amenazando a los propietarios con la expropiación- el odio de las viejas clases gobernantes se hizo histérico y sin límites; y aun cuando ahora sólo tenía yo relaciones oficiales con el Gobierno, y ninguna con el Coronel Perón, mi posición se tornó cada vez más delicada, debido al mero hecho de que mantenía los procedimientos diplomáticos comunes.

"No cayeron todos pulverizados el 4 de junio. Agazapados, aguardaron el momento propicio para recuperar las posiciones perdidas; pero el pueblo, esta vez, el pueblo sólo, supo enterrarlos definitivamente el 17 de Octubre". (Discurso pronunciado el 27 de enero de 1949 ante la Asamblea-Constituyente).

Juzgamos oportuno recordar lo que en repetidas ocasiones ha opinado el General Perón sobre el caudillismo y la dictadura:

Corrió el rumor de que la campaña de Braden había fracasado porque yo me había mantenido apartado de ella y todavía me negaba a seguir su ejemplo de atacar al Gobierno. Dejando aparte el hecho de que ello hubiera estado en completo desacuerdo con mis obligaciones como Embajador británico, tenía yo la convicción de que Perón iba a ganar, convicción que prácticamente nadie compartía a excepción de Hinkson, el sagaz corresponsal de "Times", y el siempre bien informado Nuncio Papal, Monseñor Fietta. El ilógico resentimiento de las antiguas clases gobernantes halló expresión en su reacción a lo que en tiempos normales hubiera sido la visita muy bien recibida del señor Hore-Belisha.

Desgraciadamente, aun cuando Hore-Belisha no ocupaba cargo oficial alguno, y la verdad era que había salido de Inglaterra en gira privada, sin pedir apoyo del Ministerio de Negocios Extranjeros, su visita al Brasil y Uruguay en viaje a la Argentina fué comentada con tanto entusiasmo por la prensa que el Gobierno, la Oposición y la prensa de la Argentina imaginaron que su viaje tenía un alto significado político. En el estado de ánimo histérico de la Oposición en ese momento, cualquier visitante de Inglaterra que hubiera recibido publicidad había de causar con toda seguridad equívocos e intranquilidad, por poca base que hubiera para ello.

Aunque no recibí de Londres recomendación alguna, pensé que en la atmósfera que entonces reinaba sería peligroso que -como a su juicio sería natural- Hore-Belisha visitara al Coronel Perón y demás; por lo tanto organicé una serie de agasajos y visitas que fa-

- (7) "Hay que reemplazar el caudillismo por el estado permanente, orgánico, de las masas políticas y ese será, señores, el gran triunfo de nuestro partido, si es que nosotros podemos imponerlo en el panorama nacional. Si nos organizamos nosotros, tendremos que hacer lo propio los otros partidos políticos, porque si no, no llegarán más al poder. Si mañana fuéramos derrotados por un partido mejor organizado que el nuestro, yo me sentiría inmensamente feliz porque de un partido orgánico nada malo puede esperarse el país; en cambio, muchos males pueden esperarse de hombres que, por bien intencionados que sean, actúan con grado de desorganización". (Discurso pronunciado el 18 de junio de 1948 ante los legisladores del Partido Peronista).

"El caudillo improvisa, mientras que el conductor planea y ejecuta; el caudillo anda por entre las cosas creadas por otros, el conductor crea nuevas cosas; el caudillo produce hechos circunstanciales mientras que el conductor los produce permanentes;

litaban oportunidades para ponerse en contacto con la Oposición, y lo llevé asimismo a visitar al Presidente, el General Farrell (acción que fué violentamente criticada por la oposición), y obtuve de este último en préstamo un avión oficial para transportar a Hore-Belisha primero a Chapadmalal, la estancia de los Martínez de Hoz cerca de Mar del Plata, y luego a los lagos, de donde debía cruzar a Chile. Arreglé todo lo necesario para que en el transcurso de pocos días conociera a todas las personalidades dignas de conocer, con la única excepción del Coronel Perón; a pesar de ello, pocas horas después de la partida de Hore-Belisha circuló por toda la ciudad el -cuento -que según tengo entendido, jamás dejó de ser creído- de -que él y yo habíamos tenido una entrevista de tres horas con el Coronel Perón, y los que tenían más imaginación agregaron detalles sobre la cantidad de armas, etc., que Hore-Belisha había prometido enviar de Inglaterra. Aparte de ese cuento ridículo, los comentarios de Hore-Belisha y sus respuestas a las preguntas que le fueron formuladas, aunque desde el punto de vista inglés eran justas y objetivas, y aun muy hábiles, crearon entre la oposición una rabia incontenible, ya que había llegado a un estado tal de excitación que consideraba que todo el que no estaba de su lado estaba necesariamente en contra de ella.

Me he referido ya a muestras relaciones con la prensa argentina. Pocos años después de salir de la Argentina leí en un libro llamado "ganando amigos para Gran Bretaña", publicado en 1948 por mi antiguo agregado de prensa S.R. Robertson, una declaración de que cuando Robertson, de acuerdo con mis instrucciones, llevó a un visitante importante a verlo a Gainza Paz, propietario y director del diario argentino más importante, "La Prensa" (ahora clausurado por el

"el caudillo destruye su acción cuando muere y la del conductor sobrevive en lo que organiza y pone en marcha. Por eso el caudillo actúa inorganizadamente y el conductor organiza venciendo el tiempo y perdurando en sus propias creaciones. El caudillismo es un oficio y la conducción es un arte". (Discurso pronunciado el 25 de julio de 1949 ante la Asamblea General del Partido Peronista).

"El respeto a la libertad individual no puede ser, una concepción moderna, un derecho ilimitado, no ya porque ese derecho se ha de armonizar con el de los demás, sino porque en ningún caso se ha de utilizar como elemento de lucha contra la esencia misma de la libertad. Únicamente al amparo de un inconsciente liberalismo incontrolado se ha hecho posible la propa-

el General Perón), el visitante contestó a las amistosas referencias que hizo Gainza Paz sobre mí con el siguiente comentario: "Cualquier imbécil puede ser embajador ya que sólo tiene que obedecer instrucciones".

Aunque esto fué indudablemente dicho en broma, es un comentario significativo que la familia Paz, propietaria de "La Prensa", no solamente estaba exclusivamente asociada a mi llegada a Buenos Aires en 1942- "con agencias noticiosas no británicas", sino que estaba asimismo en términos pocos amistosos con nuestra Embajada; pero muy poco tiempo después se contaba entre nuestros mejores amigos personales. En el aspecto comercial, Reuter obtuvo un contrato con "La Prensa" por haber seguido mi consejo de ofrecer sus servicios gratuitamente en un momento en que el servicio norteamericano de "La Prensa" había sido suspendido temporariamente por el Gobierno argentino.

"La Prensa" llegó a estar dispuesta en todo momento a hacer lugar y a dar amplia publicidad a cualquier noticia que yo pidiera personalmente se publicara; en varias oportunidades, las opiniones que yo había expresado en discursos sirvieron de tema para las editoriales y por lo menos en una ocasión, uno de los artículos de fondo se basó en una conferencia dada por mi esposa. La idea de que este tipo de resultados puede obtenerse "siguiendo instrucciones" - sería infantil, si se la mantiene conscientemente como idea. He contado la anécdota como ilustración de lo que puede hacer un embajador sin instrucciones de su Gobierno, y en honor a la verdad, sin que éste esté enterado de nada.

"ganda de regímenes de despotismos que han acabado con la implantación, en naciones de tipo democrático, de sistemas de tiranía de izquierda o derecha. A quienes tal posibilidad no les inquieta y no ven la precisión de precaverse contra ella, será porque en el fondo desean y añoran una dictadura capitalista o una dictadura proletaria, según sea la posición que ocupe dentro de la organización social". (Discurso pronunciado el 1º de mayo de 1949 ante la concentración obrera realizada en Plaza de Mayo para celebrar el Día del Trabajo).

- (8) "El día que creamos la Secretaría de Trabajo y Previsión, 27 de noviembre de 1943, es para mí el día inicial de nuestro movimiento. Desde ese instante la Revolución adquirió un nuevo sentido y se largó por un camino sobre el cual, no podría ya volverse jamás".
"Estoy seguro de que si no hubiésemos creado la Secretaría de -

Cuando se realizaron las elecciones presidenciales a principios de 1946, justificaron ampliamente la conducta que yo había seguido constantemente durante los dos años anteriores, con respecto a nuestro propio Gobierno, con respecto a los norteamericanos y con respecto a la oposición argentina. Sin el proceso de falsificación y de intimidación de las elecciones anteriores - y sin ese proceso, porque no había necesidad de él - Perón llevó la delantera de un extremo al otro del país y se consolidó en el poder con una mayoría aplastadora entre las ruinas de los viejos partidos. (9)

Por supuesto, mi negativa a participar en los ataques al Gobierno o a evitar toda clase de relaciones con él, se basó en una cuestión de principios y hubiera actuado de la misma manera aún si no hubiera estado convencido de que Perón iba a ser el próximo Presidente. A pesar de todo, la Oposición, que no había sabido interpretar todos los síntomas, empezó inmediatamente a comentar que después de todo yo había tenido razón en mantenerme al margen de las peleas. (Oh "Qué vivo el inglés", como decían).

Ya en ese momento me habían ofrecido y había yo aceptado el cargo de Embajador en Turquía y salí de la Argentina antes de que Perón asumiera el poder, antes de que la "sociedad" hubiera vuelto a la ciudad para pasar el invierno (junio, julio y agosto en el hemisferio sur).

Recuerdo vividamente el último incidente oficial de mi estada en Buenos Aires. Hacía muchos meses que sólo había tenido relaciones comerciales con el Gobierno de Farrell, sabiendo que la mínima apariencia de cordiales relaciones sociales podría producir una explosión. En todas mis visitas al General Farrell para tratar

"Trabajo y Previsión, la Revolución de junio sería hoy un episodio más en la historia política argentina, de cuya trayectoria se decía, poco más o menos, lo que nosotros decimos de otras revoluciones copadas en su beneficio por la misma oligarquía - que quisieron destruir.

"Lo único que impidió la transformación del movimiento en una simple revolución política y que cerró el camino del regreso a los políticos de la pertinaz oligarquía, fué nuestra decisión del 27 de noviembre de 1943. Con la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión se inicia la era de la política social argentina. Atrás quedará para siempre la época de la inestabilidad y del desorden en que estaban sumidas las relaciones entre patrones y trabajadores. De ahora en adelante, las empresas

asuntos de negocios, éste me preguntaba por qué nunca lo llamaba por teléfono para arreglar una visita en su casa, "tomar whisky y hablar conmigo en privado". La única vez que me atreví a hacer uso de esta invitación permanente fué cuando una huelga prolongada en nuestros frigoríficos amenazaba terminar en serios desórdenes. Fuí a la residencia privada del Presidente y después de un par de whiskys me aseguré que actuaría sin demora; la huelga terminó en 24 horas. A pesar de todo, cuando el General Farrell me invitó, el día antes de mi partida, a almorzar en su residencia, estuvieron presente todos los Ministros de Gobierno - cosa poco usual en esas oportunidades - y en el momento de la despedida, el Presidente me acompañó hasta la puerta del coche mientras que los Ministros, agrupados en la puerta, me saludaban a gritos.

Al día siguiente, al dirigirme al aeropuerto (mi mujer había abandonado el país una semana antes), me acompañó el Encargado de Negocios de Estados Unidos, Jack Cabot.

Es preciso tener en cuenta las relaciones violentamente tirantes en ese momento entre los Gobiernos de la Argentina y Estados Unidos para poder apreciar el significado de esta conjunción de acontecimientos, que a decir verdad constituía una indicación positiva de que hasta el último momento había tenido yo la suerte de poder evitar los peligros reales de una misión ingrata y negativa.

"podrán trazar sus previsiones para el futuro desarrollo de sus actividades, tendrán la garantía de que si las retribuciones y el trato que otorgan a su personal concuerdan con las sanas reglas de convivencia humana, no habrán de encontrar por parte del Estado sino el reconocimiento de su esfuerzo en pro del mejoramiento y de la economía general y, por consiguiente, del engrandecimiento del país.
 "Los obreros, por su parte, tendrán la garantía de que las normas de trabajo que se establezcan, enumerando los derechos y deberes de cada cual, habrán de ser exigidas por las autoridades del trabajo con el mayor celo y sancionando con inflexibilidad su cumplimiento. Unos y otros deberán persuadir de que ni bajo la astucia ni la violencia podrán ejercitarse en la vida del trabajo porque una voluntad inquebrantable exigirá por igual el disfrute de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones.
 (Discurso del Coronel Perón sobre la Política Social del Estado transmitido por la red argentina de Radio Difusión el 2 de diciembre de 1943).

(9) "Me enorgullece haber llegado a la más alta magistratura por el consenso de voluntades que repudian la presión ajena; por el asentimiento de cuantos anhelan que la justicia prevalezca so-

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca
Congreso

ARGENTINA

"bre el interés; por la decisión de los que sienten el patriotismo espontáneo que, desprovisto de segundas intenciones, fluye naturalmente del corazón. Y, por encima de todo, me enorgullece sentirme participe de este despertar ciudadano que ha sabido tomar a su cargo la defensa de la reforma social anhelada por los hombres que con riesgo de su libertad, de su honor y de su vida pudieron materializar los postulados de la Revolución de Junio".

Realizadas las elecciones de las que surgieron los constituyentes que debían redactar y aprobar la Constitución Justicialista, el 3 de setiembre de 1948 afirmaba:

"La revolución peronista ha iniciado una nueva etapa en la política, en lo social y en lo económico. Ha expuesto claramente su programa y ha elaborado una doctrina que ha enunciado con igual claridad al pueblo de la República antes de llegar al Gobierno. Si el pueblo no hubiese estado de acuerdo con ello, no nos habría elegido para gobernarlo y para representarlo, en comicios puros y por una abrumadora mayoría. Elección que aun ha sido posteriormente confirmada a dos años de gobierno en elecciones tan puras con una mayoría más numerosa aun".

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca
Congreso

ARGENTINA

